



¿Es Posible aún una Interpretación Global de los Fenómenos Recientes de Violencia en Colombia?

Daniel Pécaut*

•Profesor, Instituto de Altos Estudios, París

La pregunta que quiero formular esta noche es si todavía tiene sentido hablar de los fenómenos de violencia en un sentido general. La pregunta merece ser planteada. Es fácil comprobar que ya no son muchos los investigadores en Colombia que se atreven a sugerir interpretaciones globales.

El libro "Colombia: Violencia y Democracia" intentó presentar una interpretación de este tipo al poner el énfasis en los factores políticos y sociales que supuestamente identificaban la nueva unidad de los fenómenos de violencia. Sin embargo el mismo libro ponía el acento sobre el hecho de que las expresiones de violencia eran sumamente diversas y de que la mayor parte de los homicidios no se relacionaban con luchas políticas y sociales. De esta manera la interpretación formulada al principio del libro parecía quedarse corta frente al hecho de la difusión de las múltiples formas de violencia.

No es para sorprenderse que en los últimos años se haya dado prioridad a las monografías regionales, cuyo aporte me parece sumamente considerable. Estas monografías plantean problemas que no son muy distintos de los problemas de cualquier estudio de alcance nacional. Sugieren generalmente que en el nivel regional existen también múltiples formas de violencia. En el caso de Urabá, para tomar un ejemplo, las monografías mencionan un conjunto de elementos como la importancia de las corrientes migratorias de orígenes muy diversos y los problemas de coexistencia que de allí resultan; los conflictos sociales de la zona bananera; los efectos de la débil presencia del Estado; los enfrentamientos por la tierra; las movilizaciones urbanas relacionadas

Texto de la conferencia dictada por el profesor Daniel Pécaul en el auditorio del Banco de la República en Cali el día miércoles 13 de octubre de 1993, en el marco de sus actividades como Profesor Visitante en la Maestría en Sociología del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle. La edición y corrección del texto ha estado a cargo de J. Alberto Valencia, Director de la Maestría en Sociología, Univalle, Cali. La versión de la conferencia que aquí presentamos ha sido revisada por el autor.

***Siendo tantos los
fenómenos de violencia,
la interpretación de conjunto
en el plano regional
llega a ser tan difícil como
la interpretación a nivel
nacional.***

con el problema de la vivienda o los problemas del servicio público; el crecimiento de las propiedades en manos de los narcos o de otros grandes propietarios; la presencia de múltiples organizaciones armadas (militares, guerrillas, paramilitares); la descomposición social; etc.

Siendo tantos los fenómenos de violencia, la interpretación de conjunto en el plano regional llega a ser tan difícil como la interpretación a nivel nacional. Además, no hay razones suficientes para pensar que la región, con el problema de definición que tal noción plantea, sea necesariamente el contexto pertinente. Por qué no ir hasta el nivel del municipio o de las veredas? De hecho me parece que hacen falta estudios más descriptivos de lo que ocurre en los municipios, o en lugares con un alto clima de violencia, donde se muestre por ejemplo la manera como la gente adapta su conducta a un ambiente impregnado por una gran presencia de la violencia.

Existen otras razones que nos llevan a pensar que cualquier ensayo de interpretación global podría estar condenado de antemano. Así por ejemplo -para no mencionar sino algunos puntos- no hay nada que cambie más rápido que las expresiones de violencia. La violencia de hace seis años no es la misma que la de ahora. Y no es por casualidad que los estudios globales que se han realizado han puesto el énfasis en un primer momento en el aspecto sociopolítico de la violencia, y en un segundo momento, en la relación con el narcotráfico; ahora se está poniendo el énfasis en

lo que se podría llamar una violencia cotidiana ordinaria y bastante anónima en muchos aspectos.

No pretendo en esta conferencia presentar una interpretación global. Pero pienso que vale la pena hacer al menos un esfuerzo para esbozar algunas líneas de interpretación.

Cuando decimos -lo que es de sentido común- que las diversas dinámicas de violencia interfieren entre sí, afirmamos implícitamente que a pesar de todo tenemos que buscar lo que hace que fenómenos tan distintos puedan tener cierto vínculo común. Cuando hablamos de la regionalización de las dinámicas de violencia, tenemos que analizar por qué en un

*son muy pocos los
que piensan que el conjunto
de tales fenómenos
vaya a desembocar,
un día cualquiera,
en cambios de
gran envergadura*



momento dado esos fenómenos toman una forma regional, lo que no es obvio de por sí. Actualmente son muy pocos los que piensan que exista un factor explicativo principal. Sabemos que todo está mezclado, que el narcotráfico está presente en todas partes, que las guerrillas están distribuidas sobre gran parte del territorio nacional, que el funcionamiento institucional está influenciado por esos factores, etc.

Igualmente son muy pocos los que piensan que el conjunto de tales fenómenos vaya a desembocar, un día cualquiera, en cambios de gran envergadura. Parecería más bien que tales dinámicas de violencia se estuvieran rutinizando y que una vez más el sistema colombiano es capaz de adaptarse a ellas o de absorberlas. Al menos esta es la impresión que uno puede tener hoy a sabiendas de que realmente esos fenómenos son bastante impredecibles, y que mañana pueden suceder muchas cosas. Pero a pesar de que es posible suponer que se pueden presentar de nuevo grandes acontecimientos, también es cierto que las estructuras profundas de este país no van a cambiar de manera significativa.

Me voy a referir a cinco temas. 1. Un somero balance de lo que queda de las anteriores interpretaciones. 2. La constitución de los actores de violencia a través del conflicto por el control de los recursos económicos. 3. Los actores y su conformación como redes de poder. 4. El imaginario prosaico de la violencia de hoy. 5. La crisis general del Estado-Nación en muchos países como nuevo contexto del fenómeno de violencia en Colombia.

1. Somero balance de las interpretaciones anteriores

Al revisar las interpretaciones, hay que dejar de lado de una vez por todas la referencia al carácter del sistema político (el Frente Nacional etc.) o a las condiciones de miseria de varias zonas del país para explicar los fenómenos de violencia. No niego que tales factores puedan haber tenido cierto papel indirecto;

***A mi manera de ver,
esa orientación neoliberal
no implica un cambio
significativo en la tradición
colombiana y no tiene punto
de comparación con
las implicaciones de un
cambio similar en países
como México, Uruguay,
Argentina y por
supuesto Chile***

pero el hecho es que tales factores no existen como tales, sino a través de las interpretaciones que a ellos dan algunos actores organizados. La manera como algunos actores formularon una interpretación del Frente Nacional marcó de cierta manera las conductas de rebeldía de algunos sectores de la población para que el problema del Frente Nacional llegara a ser una referencia casi obvia.

Con respecto al segundo aspecto es indudable que cualquier sociólogo, inclusive incipiente, sabe que en ningún caso se puede pasar directamente de una situación de miseria a una situación de rebeldía. Por el contrario, de una situación de extrema miseria no se derivan condiciones para acciones organizadas de cualquier tipo que sean; hay que suponer la existencia de actores que actúen como mediadores.

Si factores de este tipo, como por ejemplo la crisis de credibilidad en los políticos o el abandono de muchas regiones del país, tuvieran de por sí una capacidad explicatoria, habría muchas razones para pensar que ahora con mayor razón, ese tipo de situaciones podrían desembocar en conductas de movilización colectiva. La credibilidad en buena parte del personal político es actualmente mucho menor de lo que era a finales de los años setenta. Y por supuesto las situaciones de miseria no se

han resuelto.

Es importante mencionar tres elementos que aparecían en las interpretaciones anteriores: la gran ausencia o precariedad del Estado; la existencia de una población importante por fuera de la institucionalidad oficial; y la compleja relación que se presenta en Colombia entre periferias y centros.

A mi manera de ver en la noción de precariedad del Estado se confunden varios aspectos que hay que diferenciar. No hay que reducir esa noción a la idea de ausencia del Estado como ocurre en algunas zonas como Urabá o el Guaviare, o en muchas otras. Hay que tener en cuenta también la capacidad que el Estado tiene de formular en términos simbólicos una imagen de la unidad nacional o una imagen que sea aceptada por los diversos sectores de la opinión pública. Hay que saber si el Estado tiene autoridad, en el sentido de ser capaz de tener un control sobre sectores de la población sin acudir a la fuerza. Hay que reconocer que dentro del Estado ha habido una mezcla bastante compleja de intereses privados y de intereses públicos y una ausencia en muchos casos de políticas voluntaristas. Y no hay que olvidar la poca capacidad de regulación de los conflictos sociales con que cuenta el Estado.

No son muchos los cambios que se han producido con relación a la presencia del Estado y hay que reconocer que en cuanto a los fenómenos de violencia, sigue siendo una variable importante. En los últimos años se ha presentado una cierta modernización del Estado en algunos campos, entre otras razones porque el Estado colombiano ha tenido que diseñar una política internacional para enfrentar el problema del narcotráfico o porque ha hecho un esfuerzo para reconstruir un sistema judicial. Ha habido también una modernización de las fuerzas armadas y de la policía. En algunas zonas periféricas hay una mayor presencia del Estado. Sin embargo no se puede decir que la capacidad de regulación del Estado haya progresado en el campo social. Ac-

***son muy pocos los actores
sociales constituidos
y muy pocos los conflictos
sociales organizados.
Y por tales razones la
capacidad de regulación del
Estado es débil***

tualmente muchos hablan de la orientación neoliberal del gobierno como si se tratara de un cambio mayor. A mi manera de ver, esa orientación neoliberal no implica un cambio significativo en la tradición colombiana y no tiene punto de comparación con las implicaciones de un cambio similar en países como México, Uruguay, Argentina y por supuesto Chile.

La presencia del Estado en el campo de la regulación social siempre ha sido muy débil. Para hablar de regulación social hay que suponer la existencia de actores y conflictos sociales más o menos organizados y que el Estado pueda tener una presencia allí. Creo que debido precisamente a los factores de violencia que atraviesan el tejido social de esta sociedad son muy pocos los actores sociales constituidos y muy pocos los conflictos sociales organizados. Y por tales razones la capacidad de regulación del Estado es débil.

En cuanto a la autoridad del Estado, me parece que se mantiene la misma situación de siempre. Basta viajar a algunas zonas del país para comprobar que sigue vigente lo que es una tradición colombiana, sobre todo en las zonas de colonización, o en las zonas periféricas. Hay una desconfianza inmensa con relación al Estado -sobre todo en las zonas en que presencia del Estado significaba militares y policía- pero al mismo tiempo existe la esperanza de que el Estado pueda hacer algo.

Los mejores análisis sobre el campesinado colombiano, sobre todo los que han tomado

en cuenta la cultura, insisten en el hecho de que los campesinos de ciertas zonas -en la Costa Atlántica por ejemplo- tienen sus propias formas de organización y no esperan mucho del Estado. Sin embargo, a pesar de eso, al mismo tiempo —y como parte de una forma de sociabilidad campesina— esos mismos campesinos están atentos a ver si el Estado hace algo. Esta ambivalencia prevalece en muchos sectores con relación al Estado: la desconfianza sigue presente, pero siempre acompañada al mismo tiempo de una solicitud de mayor presencia del Estado.

Con respecto a la existencia de una importante población por fuera de la institucionalización oficial, me parece -como algunos analistas como Fernán González, por ejemplo, lo han afirmado- que este hecho hace parte de los elementos de larga duración de la historia nacional. Desde el siglo XVIII y XIX siempre ha habido un porcentaje importante de la población que escapa al control de las autoridades, tanto públicas como privadas, y que tiene la costumbre, en muchos casos, de vivir por fuera de la ley, creando reglas locales que no tienen nada que ver con las reglas oficiales. Me parece que este tema sigue siendo muy importante porque es lo que sigue aconteciendo en muchas zonas de Colombia y por tal motivo mantiene un gran poder explicativo. Es interesante ver cómo la gente es capaz de manejar formas de regulación propias -que van cambiando muy rápidamente- y de crear sus propias normas provisionales que garantizan formas de coexistencia.

Con respecto a la compleja relación entre las periferias y los diversos centros de Colombia hay que tener en cuenta que este hecho hace parte de los factores de larga duración en la problemática colombiana, a pesar del centralismo de la anterior Constitución. Es evidente que existe un alto grado de negociación descentralizada a todos los niveles entre los políticos de las zonas apartadas de Colombia y los políticos de los centros departamentales o nacionales. No hay que olvidar que el clien-

telismo político ha servido para asegurar, a pesar de todo, cierto tipo de comunicación entre las periferias y el centro.

Existen muchas razones para pensar que el problema de las zonas que están por fuera del control de las metrópolis o de las grandes ciudades, se va a fortalecer en los años que vienen, tanto por la presencia de recursos económicos, que se están descubriendo en ellas, como por la política de descentralización, o por la crisis del anterior clientelismo.

¿Cuál será el resultado? Es muy temprano aún para reflexionar sobre el tema. Pienso que de cierta manera -y volveré sobre este punto un poco más tarde- que aquí puede estar la fuente de nuevas formas de conflicto, que pueden llegar a ser muy importantes en los años que vienen. Existen muchas condiciones para que se conformen formas de organización regionales con capacidad de generar conflictos con los poderes centrales mayores que los que se han conocido hasta ahora.

Los tres puntos que he mencionado sugieren que los efectos de la fragmentación permanente que ha marcado la historia colombiana tienen buenas posibilidades de perdurar, teniendo en cuenta que la fragmentación no es un hecho en sí, sino el producto de múltiples fenómenos y de las múltiples estrategias de diversos grupos.

2. La constitución de los actores de violencia a través del conflicto por el control de los recursos económicos

No se pueden analizar los fenómenos de violencia sin hacer referencia a los actores. La violencia no es un hecho estructural, ni un problema de cultura. Creo que la idea de una cultura de la violencia como factor explicativo es una hipótesis muy dudosa. Hay que tener siempre presente las condiciones de constitución de los actores de violencia, que los hacen capaces de crear un conjunto de situaciones que permiten el desarrollo de múltiples formas de violencia.

Al hablar de la primera violencia —la de

los años 40 y 50- se puso el énfasis durante mucho tiempo en la conformación de los actores a través del conflicto partidario. Hubo que esperar bastante tiempo para que los estudios pusieran de presente el papel de las estrategias propiamente económicas.

En el nuevo episodio de la violencia de los últimos 15 años, no ha sido necesario esperar tanto tiempo para descubrir la importancia de las estrategias económicas. Durante mucho tiempo se ha afirmado que al lado de los actores propiamente políticos hay otros actores con un carácter más claramente económico, como los narcotraficantes.

Me parece obvio, visto desde ahora, que desde finales de los años setenta, el desarrollo del narcotráfico ha jugado un papel supremamente determinante en el crecimiento y en la constitución de los diferentes actores que después se han vinculado de diferentes maneras con los procesos de violencia.

Quiero destacar que los polos de mayor conflicto y de mayor violencia no son las zonas más pobres del país o con una menor presencia del Estado, sino las zonas que tienen mayor importancia tanto en la elaboración de algunos productos como en su comercialización. Hay mayor violencia en las zonas donde hay cultivo de droga, producción de petróleo, oro, es-

*Existen muchas
condiciones para que se
conformen
formas de organización
regionales con capacidad
de generar conflictos
con los poderes centrales
mayores que los
que se han conocido
hasta ahora*

meraldas, y últimamente en las zonas del Café.

He estado revisando las últimas estadísticas sobre los municipios más violentos de Colombia. Según un informe oficial entre los 35 municipios más violentos -según el número de homicidios (lo que se puede discutir los 24 más violentos, se ubican en un área conformada por parte de Antioquia, Norte del Valle, Risaralda y Caldas; dos hacen parte de la zona esmeraldifera de Boyacá y uno de la zona de Cundinamarca limítrofe con la anterior. Hay seis ubicados en el pie de monte de la cordillera Oriental: uno de ellos en el Arauca, dos en Casanare, dos en Caquetá, uno en el Putumayo. Un poco más aislados hay un municipio en los Llanos Orientales de Arauca y otro en el sur de Bolívar.

En la mayoría de los casos la violencia es mayor en los municipios que se ubican en zonas bastante significativas desde el punto de vista económico. Si ahora se está presentando una violencia tan fuerte en las zonas cafeteras no es por casualidad, ni tampoco es un problema de delincuencia común. Se trata de hecho de la presencia de actores organizados que por una razón u otra consideran ahora esas zonas como un importante centro de operación.

En las zonas en que se presentan los mayores enfrentamientos se combinan varios elementos. Por un lado, el hecho de que antes de producir los recursos que ahora producen eran de hecho zonas deprimidas que se encontraban por fuera de la inserción en la economía nacio-

nal. Por el otro en esas zonas se están produciendo ahora recursos sumamente importantes. En muchos casos, por no tener una tradición de desarrollo económico, se plantea más que en otras regiones el problema de cómo utilizar esos recursos, y entonces se abre el espacio para que diversos actores disputen su participación en la distribución de los recursos. Este sería el caso sobre todo de los municipios donde el enfrentamiento tiene un carácter más político, es decir, donde se contraponen actores organizados que disponen de una capacidad de utilización de fuerza armada para controlar esos recursos.

Es posible que ese modelo -si uno da crédito a lo que aparece en la prensa o a lo que puede aprender charlando con la gente- se generalice en los meses o en los años que vienen, es decir, que el conflicto por la apropiación de los recursos se amplíe también en muchas zonas del país a la capacidad de influir sobre la afectación de los recursos públicos, o también a la capacidad de esos actores de controlar el mercado de trabajo en diversas zonas. Nos encontramos entonces frente a un sistema que está muy lejos de lo que anteriormente se consideraba como conflictos sociales, o luchas sociales con presencia de fuerzas sociales que expresan sus propios problemas. Estamos frente a un conflicto de repartición entre actores que, como lo voy a decir ahora, tienen una representatividad muy precaria de los sectores de población que están bajo su control.

3. Los actores y su conformación como redes de poder

Cuando hablo de actores me estoy refiriendo a actores de violencia. No estoy hablando de lo que algunos llaman actores sociales (los campesinos, los obreros, los artesanos, etc.) sino de actores que manejan instrumentos de fuerza y que son capaces de imponer estrategias de control sobre la población y de desarrollar metas estratégicas.

La noción de redes de poder tiene la ven-

***Si ahora se está
presentando una violencia
tan fuerte en las
zonas cafeteras
no es por casualidad,
ni tampoco
es un problema de
delincuencia común***

tuja de que es supremamente neutral. Es el término más adecuado, en mi opinión, para designar un conjunto de actores (ilegales, legales, o que tienen comportamientos y acciones en ambos sentidos) que, a través del uso de una dosis más o menos considerable de coacción y de la referencia a una racionalidad instrumental, llegan a ejercer un control sobre determinados recursos económicos en algunos sectores de la población, a veces con una base territorial, aunque no necesariamente.

Al hablar de red de poder, estoy pensando en todos aquellos grupos que manejan una capacidad de coacción, inclusive por medios armados. Ya he hecho referencia a algunos de esos grupos. Pueden existir también a nivel local algunos grupos políticos, más o menos tradicionales, que tienen la misma capacidad de acción.

La noción de red de poder es por supuesto sumamente fluida. Una red de poder se puede dividir y subdividir en muchos casos. Un cartel de la droga es una red de poder en la medida en que supone cierta coordinación para controlar tanto un recurso económico como a los que participan en el proceso. Pero es claro también que dentro de esa red global puede haber en un momento dado una división en un multitud de subredes.

La idea de red de poder nos permite introducir flexibilidad en la comprensión de la organización del conjunto de esos actores. Por lo demás hablo de redes de poder para poder abarcar algunos de los elementos que están presentes en algunas entrevistas que he realizado y en las observaciones que he podido hacer viajando un poco por este país.

Me parece que en muchas zonas de Colombia -y no siempre en zonas de colonización reciente- hay una situación de gran vacío de poder (como se decía en los tiempos en que se utilizaba el lenguaje marxista-leninista) en el sentido de que ya no hay élites políticas presentes, ni en muchos casos, élites económicas. Esto se debe muchas veces al desgaste que han sufrido; otras al hecho de que la misma



situación de violencia les impide estar presentes. Una región como Urabá -que nunca fue una zona con una presencia muy fuerte de élites aunque sí de partidos tradicionales- ya no es una zona en la que los partidos tradicionales pueden tener, al menos en algunos sectores, una presencia muy fuerte. En la zona de Barrancabermeja se ve cómo, en la última década, se ha incrementado poco a poco la ausencia, por decirlo así, de los que tenían antes la capacidad de ser líderes políticos y de establecer una comunicación entre los problemas locales y los problemas nacionales.

Hablar de red de poder es una manera de decir que en un contexto donde existen zonas de vacío del poder tradicional, se puede establecer la presencia de un conjunto de redes de poder que en muchos casos pueden desempeñar funciones no tan diferentes de las que ejercían las antiguas élites o los políticos tradicionales como por ejemplo el control del empleo, la presión para utilizar de tal o cual manera los recursos públicos, etc.

Otra razón que justifica el uso de esta noción es su importancia para referirse a las zonas colombianas en las que no existe previamente una organización fuerte de la población y que en un momento dado se convierten en

zonas importantes desde el punto de vista de la producción de recursos.

El problema que se presenta aquí es el problema clásico: Cuando se dice -lugar común desde hace 8 años- que en muchas zonas -de colonización por ejemplo- la guerrilla actúa como un pseudo-Estado y hace justicia (una justicia más o menos empírica pero que es eficaz), se parte de la idea de que en las zonas donde existen conflictos bastante fuertes se crea la necesidad de establecer cierto tipo de coacción para llegar a dar cierta forma de identidad y de unidad a esa población.

La noción de red de poder tiene que ver con el análisis de algunos sociólogos (como Olson por ejemplo) que han observado que no basta con la existencia de intereses comunes entre los diversos individuos de un lugar dado o de una empresa dada para que se conforme un interés común. De cierta manera, para que exista una definición del interés común se necesita, o que un grupo intervenga con cierto grado de coacción, o que un grupo sea capaz de dar gratificaciones diferenciales a la población o a los que se relacionan con la organización. Ese tipo de análisis me parece que puede adaptarse a lo que sucede en varias zonas de Colombia.

De allí se deduce que la ampliación de las redes de poder que se ha presentado en los últimos años en Colombia va acompañada, en muchos casos, de una relación meramente instrumental por parte de la gente de base de la población con relación a los actores que manejan instrumentos de violencia. En otros términos no hay una lealtad por razones ideoló-

***cómo dar una cierta
forma de organización
a una población
bastante atomizada
como es la de varias zonas
del país.***

gicas o por razones de cálculo a largo plazo. Por el contrario, se presenta el hecho de que cada uno tiene que adaptar su conducta para mantenerse en la zona, para sobrevivir o para salvar lo que pueda salvar. Por lo tanto la extensión de tales redes de poder va acompañada en muchos casos de la difusión de una relación puramente instrumental.

Otro problema es que cuando se consolidan redes de poder de este tipo, el proceso va acompañado, en la mayor parte de los casos, por un debilitamiento sumamente claro de lo que anteriormente podía ser considerado como movimientos sociales, o como formas de organización surgidas de la base. En muchos casos puede haber períodos en que se presenta una combinación de la presencia de diversas redes de poder con formas de acción y de movilización social que mantienen la autonomía de la población. La experiencia más inmediata sin embargo nos indica que realmente son muy pocas las zonas del país en que se pueden encontrar todavía fuertes movilizaciones. Cuando las redes de poder se estabilizan, con su gran capacidad de coacción, el terreno ya no se presta, al menos provisionalmente, para la formación de movimientos sociales, en el sentido en que he utilizado la palabra. Lo que cuenta, por el contrario, no es entonces la articulación entre las redes de poder y la población, sino las diversas estrategias que esas redes de poder desarrollan y las mezclas -por decirlo así- o las interferencias entre las estrategias de tales grupos o de tales redes de poder con los conflictos que existen en un momento dado. Estamos aquí frente a un análisis en términos de estrategias que se formulan en condiciones en las que se van recreando a cada momento las reglas de juego. Ya no se trata de un análisis de tipo clásico en que se buscaba identificar la manera como un actor político representaba o no un determinado grupo social.

Hay que tener en cuenta también que donde prevalecen las redes de poder no hay condiciones para que se mantenga lo que se

podría llamar un espacio público. Un espacio público se define como un ámbito en que se pueden expresar diversas opiniones y desarrollar múltiples interacciones entre grupos sociales. No es entonces por casualidad que en las zonas donde las redes de poder tienen mayor presencia la gente habla de la ley del silencio, para referirse al cerramiento de lo que se podría considerar como un espacio público.

En la misma dirección hay que anotar finalmente que en los lugares en que están presentes las redes de poder, la gente tiene que adaptarse. En muchos casos adopta como su propia estrategia individual una manera de replegarse sobre su vida privada, es decir, de no meterse en los asuntos generales. Para mantenerse, para salvar lo que pueda de su vida, cada cual tiene que pensar solamente en su ámbito privado. Por este motivo en muchas zonas donde existen redes de poder establecidas es increíble y sorprendente ver la ausencia de nuevo liderazgo en las comunidades. Y si uno le pregunta a la gente le explican que cualquier obra que se emprenda tiene que responder ante las diversas redes de poder que compiten en la zona.

4. El imaginario prosaico de la violencia de hoy

Para referirse a la violencia de los años cincuenta se puede hablar de un imaginario de la violencia por varias razones. Los fenómenos de violencia presentaban, a pesar de todo, una dimensión que tenía que ver con lo sagrado, acentuado con la intromisión de la iglesia y de la religión. Se puede afirmar también que había una representación de lo político en términos de una oposición amigo-enemigo -para retomar las palabras de Carl Schmitt. Igualmente se puede suponer que había cierta articulación entre las experiencias personales de la violencia y la representación de la violencia a nivel de la nación; los que la padecían personalmente podían tener la ilusión de pensar que el país de todas maneras estaba viviendo una historia global de violencia.

*en los lugares en que están
presentes las redes
de poder, la gente tiene que
adaptarse. En muchos
casos adopta como su propia
estrategia individual una
manera de replegarse
sobre su vida privada,
es decir, de no meterse en
los asuntos generales*

Nada semejante ocurre con los fenómenos de la violencia contemporánea. Es posible que todavía a finales de los años setenta o a principios de los ochenta existieran todavía algunos elementos de continuidad con el pasado a través de lo que aún subsistía de las antiguas guerrillas liberales o comunistas, o a través de las trayectorias individuales que hicieron posible, por ejemplo, que muchos de los que se formaron en la experiencia de los años cincuenta en el campo más conservador, pudieran reinterpretar su pensamiento conservador en el marco de un fundamentalismo revolucionario de nuevo tipo.

Al estudiar la transformación de los actores de violencia de los últimos años, creo que se viene al suelo la posibilidad de reconstruir un imaginario similar. La manera como los jóvenes guerrilleros de 16 o 17 años -que por lo demás son numerosos en los grupos guerrilleros- ven la problemática de la guerrilla o la manera como los colonos o la gente de las zonas de grandes conflictos ven la situación, no tiene nada que ver con ese imaginario de la violencia anterior. En el mejor de los casos los jóvenes guerrilleros o los colonos expresan el sentimiento de injusticia que los llevó a las guerrillas o el hecho de que encontraran allí una forma de identidad colectiva que no tenían antes. Sin embargo no se puede decir que por

ese motivo haya entonces un imaginario global. Por el contrario, se va imponiendo una dimensión puramente instrumental. Tanto en los actores de violencia como en los individuos ubicados en las zonas de influencia de esos actores, se presenta una visión sumamente prosaica de la violencia; se supone que la violencia no es más que un conjunto de intereses y de estrategias que giran alrededor de esos intereses.

Me parece interesante observar que en esas condiciones la experiencia de violencia llega a ser en muchos aspectos mucho más destructiva que la experiencia de la violencia anterior, porque se hace más difícil relacionar la propia experiencia personal de la violencia con una historia global, es decir, con los acontecimientos a nivel nacional. Se construye así una separación bastante grande entre la experiencia vivida por las gentes y lo que acontece a nivel de la política nacional. Se produce entonces una crisis —por decirlo así— de lo que se podría llamar un sentimiento de ciudadanía, que supone una capacidad para interpretar y para entender la historia y los acontecimientos que se están dando a nivel de la historia global. De esta manera, el desfase de los acontecimientos que vive la gente en un lugar, y las evoluciones y los cambios que se dan a nivel nacional es tan grande, que en muchos casos la gente no le presta atención a los hechos

*muchos de los que
se formaron en la
experiencia de los años
cincuenta en el campo más
conservador, pudieran
reinterpretar su pensamiento
conservador en el marco
de un fundamentalismo
revolucionario
de nuevo tipo*

nacionales.

No obstante mucha gente está convencida —y a veces los mismos investigadores— que esa violencia es la misma de siempre y que Colombia ha tenido siempre una historia de violencia. De esta manera lo que está ocurriendo ahora sería lo mismo de hace 40 años, lo mismo de los años treinta, lo mismo de la guerra de los mil días, lo mismo del siglo XIX. Este es el gran mito colombiano.

Este mito me parece falso. Creo que hay muchas discontinuidades, y muchos períodos en que Colombia no ha sido un país particularmente violento. Así como en otros países hay mitos revolucionarios, en Colombia existe el mito de la permanencia de la violencia como dimensión que explica todo lo que acontece. Se trata de un mito de origen. La extensión de este mito permite que la gente esté de cierta manera mucho más disponible para considerar que los acontecimientos son asuntos normales, con los que hay que contar, y frente a los cuales hay que adaptarse. Pero para ellos no hay nada nuevo en la historia colombiana.

Este mito me parece profundamente opuesto a la idea de la construcción de una ciudadanía democrática. No habrá construcción de una ciudadanía democrática en este país mientras tanta gente esté convencida de que en el fondo de los acontecimientos colombianos sólo existe el principio de una violencia repetitiva. Para concluir este punto debo anotar que me parece muy peligroso, como a veces se hace en los análisis de violencia, generalizar todavía mucho más el tema de la violencia y mezclar la violencia familiar, la violencia ordinaria, etc. con la violencia que tiene que ver con la violencia de los actores organizados.

No hay investigaciones que permitan aclarar si existe una relación entre el cuadro de violencia organizada, llevada a cabo por actores identificables y organizados, y el desarrollo de una violencia que podríamos llamar ordinaria. Creo que esta es una hipótesis muy importante y yo la comparto. Existe en efecto una correlación entre la violencia organizada

ese motivo haya entonces un imaginario global. Por el contrario, se va imponiendo una dimensión puramente instrumental. Tanto en los actores de violencia como en los individuos ubicados en las zonas de influencia de esos actores, se presenta una visión sumamente prosaica de la violencia; se supone que la violencia no es más que un conjunto de intereses y de estrategias que giran alrededor de esos intereses.

Me parece interesante observar que en esas condiciones la experiencia de violencia llega a ser en muchos aspectos mucho más destructiva que la experiencia de la violencia anterior, porque se hace más difícil relacionar la propia experiencia personal de la violencia con una historia global, es decir, con los acontecimientos a nivel nacional. Se construye así una separación bastante grande entre la experiencia vivida por las gentes y lo que acontece a nivel de la política nacional. Se produce entonces una crisis —por decirlo así— de lo que se podría llamar un sentimiento de ciudadanía, que supone una capacidad para interpretar y para entender la historia y los acontecimientos que se están dando a nivel de la historia global. De esta manera, el desfase de los acontecimientos que vive la gente en un lugar, y las evoluciones y los cambios que se dan a nivel nacional es tan grande, que en muchos casos la gente no le presta atención a los hechos

*muchos de los que
se formaron en la
experiencia de los años
cincuenta en el campo más
conservador, pudieran
reinterpretar su pensamiento
conservador en el marco
de un fundamentalismo
revolucionario
de nuevo tipo*

nacionales.

No obstante mucha gente está convencida —y a veces los mismos investigadores— que esa violencia es la misma de siempre y que Colombia ha tenido siempre una historia de violencia. De esta manera lo que está ocurriendo ahora sería lo mismo de hace 40 años, lo mismo de los años treinta, lo mismo de la guerra de los mil días, lo mismo del siglo XIX. Este es el gran mito colombiano.

Este mito me parece falso. Creo que hay muchas discontinuidades, y muchos períodos en que Colombia no ha sido un país particularmente violento. Así como en otros países hay mitos revolucionarios, en Colombia existe el mito de la permanencia de la violencia como dimensión que explica todo lo que acontece. Se trata de un mito de origen. La extensión de este mito permite que la gente esté de cierta manera mucho más disponible para considerar que los acontecimientos son asuntos normales, con los que hay que contar, y frente a los cuales hay que adaptarse. Pero para ellos no hay nada nuevo en la historia colombiana.

Este mito me parece profundamente opuesto a la idea de la construcción de una ciudadanía democrática. No habrá construcción de una ciudadanía democrática en este país mientras tanta gente esté convencida de que en el fondo de los acontecimientos colombianos sólo existe el principio de una violencia repetitiva. Para concluir este punto debo anotar que me parece muy peligroso, como a veces se hace en los análisis de violencia, generalizar todavía mucho más el tema de la violencia y mezclar la violencia familiar, la violencia ordinaria, etc. con la violencia que tiene que ver con la violencia de los actores organizados.

No hay investigaciones que permitan aclarar si existe una relación entre el cuadro de violencia organizada, llevada a cabo por actores identificables y organizados, y el desarrollo de una violencia que podríamos llamar ordinaria. Creo que esta es una hipótesis muy importante y yo la comparto. Existe en efecto una correlación entre la violencia organizada

y la violencia ordinaria; pero considero que no hay que sacar conclusiones apresuradas mientras no se conozcan bien algunos aspectos, como por ejemplo la violencia familiar. Existe violencia familiar, como en todas las ciudades del mundo, pero no es evidente que sea mayor que hace 40 años; la diferencia estriba tal vez en que ahora es una violencia más estigmatizada, mucho más perceptible que antes.

5. La crisis general del estado-nación como nuevo contexto del fenómeno de violencia en Colombia

El último punto es el problema de la crisis del Estado-nación que se presenta en el mundo y el nuevo contexto de los fenómenos de violencia en Colombia.

He hablado hasta ahora como si todos esos fenómenos de violencia fuesen pura y simplemente colombianos. Sin embargo hay que reconocer que muchos de los elementos que he mencionado también se presentan en muchos países del mundo. La crisis del Estado-nación, o la crisis de los actores sociales, son situaciones que es posible observar en la inmensa mayoría de las sociedades.

Es necesario entonces formular dos preguntas. En primer lugar, hasta qué punto algunos de los fenómenos de violencia que podemos observar en Colombia son fenómenos que, de cierta manera, existen bajo las mismas formas en otras sociedades. O dicho en otros términos: Qué habría de común entre los problemas de las comunas nororientales de Medellín, de Aguablanca en Cali o de Ciudad Bolívar en Bogotá y los problemas de algunos suburbios franceses o norteamericanos?

Creo que no hay que olvidar que las dimensiones del problema van mucho más allá de las características específicas de la sociedad colombiana. Algunos estudios sociológicos sobre los movimientos, las revueltas y la violencia en algunos suburbios de grandes ciudades francesas llegan a conclusiones muy similares a las que se pueden sacar del estudio de lo que ocurre en ciertas zonas de las ciudades

***Así como en otros países
hay mitos revolucionarios,
en Colombia existe el mito
de la permanencia
de la violencia
como dimensión
que explica todo
lo que acontece.***

colombianas. La actuación de los jóvenes ya no expresa una conciencia de conflictos sociales. Estos jóvenes no tienen la capacidad ni la posibilidad de definir enemigos; carecen de metas que se puedan definir con precisión; muchas veces lo que ocurre en estos casos es lo que algunos sociólogos calificaban como un fenómeno de rabia. Existe por una parte el problema de la existencia de un debilitamiento de las antiguas regulaciones sociales, y por otra, la presencia de procesos de exclusión sumamente radicales, que ya no son problemas de explotación de clase en que los dos adversarios se ubican en un campo común; los jóvenes excluidos tienen la convicción de que no pertenecen al mismo mundo de los otros.

La diferencia que me parece importante señalar es que en Colombia, a pesar de todo, ha habido en los últimos años algunos modelos de éxito social entre los jóvenes de los sectores populares. Se ha presentado el caso de personas que lograron un ascenso social fantástico, que "coronaron", o que tuvieron éxito en su pequeño trabajo. Estos modelos de movilidad social han desempeñado un papel bastante importante en la conformación de algunos grupos como ha ocurrido en algunas ciudades, como Medellín, entre otras.

Otra diferencia es que del hecho de que esos jóvenes participen del consumo más moderno y al mismo tiempo estén excluidos de todos los mecanismos de regulación social de una sociedad, se derivan resultados diferentes

cuando la rabia se limita a manifestarse en explosiones sin mayores consecuencias, que cuando se trata de situaciones en las que hay una tradición de posesión y de utilización de armas que viene desde antes.

Aparte de lo anterior el problema principal me parece que puede ser el siguiente: Cuál es la relación entre la desestructuración de los conflictos sociales -que ha llegado en Colombia como en muchas sociedades en el mundo a un punto sumamente alto- y la violencia ordinaria?

Se podría construir la hipótesis de que los fenómenos de violencia que aparecen en Brasil, en Argentina, en Francia, en Estados Unidos y en muchos otros países, son una forma de expresión desestructurada de conflictos sociales, totalmente individualizados, que se manifiestan ahora a través de conductas o de experiencias cotidianas de vida.

En otras sociedades en que se presenta la crisis del Estado-nación y la crisis de los actores sociales, se observa el fortalecimiento de identidades culturales (construidas por iniciativa de grupos ilustrados) que hacen posible la relación con la sociedad global y que tienen un papel bastante importante actualmente en muchos lugares del mundo. La segunda pregunta sería entonces la siguiente: Se va a llegar en Colombia a la construcción de nuevas unidades y de nuevas identidades, a través de la producción o de la conformación de una imagen de cierta similitud cultural? Hasta el momento me parece que la suerte de Colombia ha sido que, en la mayoría de las zonas, la experiencia del desplazamiento de la población y de la mezcla de poblaciones de diferentes orígenes ha sido tan grande que realmente los fenómenos de violencia no se han apoyado mucho en identidades culturales constituidas. Lo han hecho más bien en las redes de poder que mencionaba anteriormente que son formas de constitución de identidad, sin un apoyo cultural.

El problema es saber si a través de los nuevos fenómenos de constitución y de organización de periferias, de lo que se llama reordenamiento territorial, no se van a inventar redes de poder -para mantener el mismo vocabulario- que busquen una fuente de legitimidad en identidades culturales imaginadas. Y hablo de identidades culturales imaginadas porque creo que en algunas zonas, como por ejemplo la Costa Atlántica, hay una historia ligada con una comunidad de experiencia cultural, que hace contraste con su ausencia en otras regiones del interior del país.

El desarrollo de identidades que se presentan como identidades culturales puede llegar a ser en los años que vienen otra posibilidad de conflicto.

6. Conclusión

Es obvio que no contesté la pregunta que formulé inicialmente, pero lo que he hecho es tratar de poner el acento sobre el cambio de orientación que habría que intentar ahora. Los viejos análisis sociológicos que trataban de identificar la manera como un grupo representaba a un sector de la población, no sirven para mucho; menos aún los análisis en términos de causalidad, que buscan en el sistema político las razones por las cuales los actores toman caminos de violencia. Creo que hay que utilizar instrumentos sociológicos relacionados con el análisis de las estrategias y de las interferencias entre estrategias, tal como aparece por ejemplo en toda la literatura sobre juegos estratégicos. Si lo que he afirmado acerca de la autonomía de los actores de la violencia con relación a cualquier sector de la población tiene cierto grado de validez, el análisis en términos de estrategias puede llegar a ser importante, ya que pone el énfasis sobre factores de coacción, de transacción, de conflicto, entre tales actores.

Nada más por el momento. Gracias.